



Valeria
al desnudo

ELÍSBET BENAVENT

Valeria está con Bruno pero ¿por qué no deja de pensar en Víctor?

Valeria ha elegido no sufrir y Víctor ser sincero, ¿podrán ser amigos?

Valeria titubea, calla, respira, siente...

Valeria no sabe que su vida dará un giro en su próximo cumpleaños...

Y desconoce que Lola, Nerea y Carmen buscan su propio final de cuento, ¿o no?

Elísabet Benavent ha revolucionado las redes sociales con la publicación de *En los zapatos de Valeria*, *Valeria en el espejo* y *Valeria en blanco y negro*, que se han convertido en imprescindibles para miles de lectores. Las aventuras de Valeria y de sus amigas atrapan y envuelven, y su lectura se convierte en una experiencia ágil, llena de humor. Divertida, contemporánea, sensual, Valeria vuelve de nuevo con más dudas que nunca, escéptica, desconfiada... Pero el destino le tiene reservadas muchas sorpresas.

*A mis padres por todo. A Lorena por ser la mejor
hermana del mundo. Y a Bea por su pasión*

PRÓLOGO

Julio

Hacia un mes que no veíamos a Carmen. Un mes es mucho tiempo para el tipo de amigas que somos nosotras. No es que la hubiéramos perdido después de su boda, como tantas chicas que cambian de chip y de vida olvidando a sus amigas solteras. No. Es que la tía se había pegado un viaje y unas vacaciones de kilo, así, en lenguaje coloquial.

Dos días después de la boda se fue y ni siquiera pudimos despedirnos porque su noche de bodas duró cuarenta y ocho horas, según dicen las malas lenguas. Bueno, estoy siendo demasiado malévola. En realidad la parejita quiso quedarse en su nueva casa para ponerlo todo en perfecto orden antes de irse de viaje. Claro, con el follón de la boda no habían tenido aún tiempo de disfrutar de esas rutinas del nidito de amor.

Después la luna de miel... de dieciocho días. Nueve a Japón. Nueve a Bali. Así, poquita cosa. Como quien se va un fin de semana a Benidorm.

Perdón. No soy yo la que escribe, es mi envidia cochina.

Y tras esos dieciocho días de viaje (ya llevábamos veinte sin verla) trató de deshacerse del *jet lag* en su casa durante dos días, aludiendo a unos tremendos mareos que no se había podido quitar, seguramente por el cambio de horario y la falta de sueño. Cuentan las malas lenguas, sin embargo, que estuvo entregada al... amor.

Vale, vuelvo a ser mala.

En fin, después se marchó unos días al pueblo con sus padres y a la vuelta tuvo que estar dos días cumpliendo con compromisos de su familia política, tales como dar las gracias por los regalos de la boda.

Y allí estábamos, un mes después de su boda, preparando cócteles y cuencos con chuches en mi casa, esperando que nos lo contara todo (todo es todo, estimado Borja) y nos enseñara las fotos del viaje, que es algo que suele hacer mucha ilusión a las recién casadas.

Cuando sonó el timbre, Lola, que no podía esconder su emoción, se levantó del cojín sobre el que estaba sentada y se fue a abrir. Yo andaba en ese momento en la cocina y Nerea estaba sentadita en el sillón, con las piernas encogidas.

Oí a Carmen saludar efusivamente y a Lola lanzar una exclamación, tras la cual se escuchó un silencio denso. Luego solo un carraspeo de Nerea. Salí a ver si es que se le había ocurrido la peregrina idea de venir acompañada de Borja, pero lo que me encontré fue a una sonrojada Carmen con un par de kilos de más. Bueno, eso es un eufemismo. A decir verdad, de un tetazo nos habría podido matar a las tres... a la vez. Llevaba una camiseta blanca desbocada que destacaba su moreno... y su barriga, que no pude evitar quedarme mirando durante unos segundos.

Después, tomando las riendas de la situación, me abalancé sobre ella para abrazarla y cubrirla de besos.

—Pasa, pasa. ¿Qué tal? Pero ¡cuéntanoslo todo! ¿Qué te pongo?

Ella pasó, mirando a Lola, a Nerea y a su propia barriga alternativamente.

—Os he traído unas tonterías —dijo enseñándonos una bolsa de la que salían unos paquetes—. Son unos kimonos japoneses. Podéis usarlos de bata para estar por casa, así en plan erótico glamuroso.

Y el tono de su voz era... tenso. No sé si porque estaba ofendida porque la hubiéramos mirado como lo habíamos

hecho (y Lola seguía haciéndolo) o por otra cosa.

Nerea se levantó del sillón para darle dos besos, un abrazo y cederle el asiento, que ella no rechazó. Antes de que Carmen nos diera nuestro regalo y ante la conmovida mirada de Nerea y mía, Lola le dijo:

—Oye, Carmenchu, ¿te has tragado un melón?

Muy bien, Lola. Tú sí que sabes tratar a una mujer.

Eso es lo que comúnmente se conoce como tener el mismo tacto que un guante de crin. Creí que Carmen, con razón, se levantaría y se iría o no sé, le tiraría la mesa de centro a la cabeza, pero no hizo nada más que resoplar. Después nos miró con sus enormes ojos algo asustados y abrió la boca.

—Bueno, chicas, veréis... ¿Os acordáis de que la semana pasada tenía *jet lag* y...?

—¿Y te la pasaste comiendo donuts porque te dijeron que quitaban el mareo? —la interrumpió Lola.

Esta vez me pilló lo suficientemente cerca como para que pudiera arrearle una colleja.

—Eres muy graciosa, Lola —Carmen sonrió—, pero lo que pasa es que estoy casi de catorce semanas.

—¿Catorce semanas de qué? —dijo Lola sin despeinarse.

Nerea se dejó caer en el cojín y yo me tapé la boca abierta de par en par con las dos manos mientras cogía aire exageradamente.

—Catorce semanas de embarazo, Lolita, cielo. —Carmen sonrió y se acarició el vientre—. Ya se me empieza a notar, claro. Son tres meses y medio.

—No entiendo —contestó una estupefacta Lola.

—Pues que... voy a ser mamá. Y por extensión, tú vas a ser tía.

Agosto

Lola y yo salíamos de casa de Carmen. Eran las nueve de la noche y decidimos que sería genial terminar la noche en uno de esos restaurantes indios con terraza de Lavapiés. Lola iba enumerando todo lo que íbamos a pedir cuando sonó su móvil.

—Que no se me olvide pedir *cheese naan*. Me vuelve loca. Un mordisco y me pone los pezones para tallar diamantes. —Hizo una pausa, en la que se apartó el pelo hacia un lado y se colocó el teléfono en la oreja—. ¿Dónde andas, que estoy loca por mi tigre?

Me paré en la calle para encenderme un cigarro y Lola me lo robó de entre los labios para fumárselo ella. Repetí la maniobra.

—No sabes cuánto me alegro de que te llovieran chuzos de punta. Te tendrían que haber llovido ranas, maldito mamón desalmado. —Lola reanudó el paso y se echó a reír a carcajadas—. No, no estoy con Rai. Si vienes puedes hasta tocarme las tetas, que sé que tienes ganas. —La miré de soslayo. ¿Con quién narices estaría hablando?—. Espera. —Lola dejó caer el brazo con el teléfono y susurrando me dijo—. ¿Te importa si viene? Hace como un trillón de años que no lo veo.

—¿Quién es? —le pregunté.

—Es Víctor.

La sangre me bajó de la cabeza a una velocidad pasmosa y me mareé. Lola me miró alucinada.

—Yo... Yo me voy. ¿Vale?

—Pero Val...

—Me voy. Te quiero, ¿vale?

Sin pensarlo ni un segundo di media vuelta y me marché andando todo lo rápido que mis sandalias de tacón me permitieron. Cuando llegué a la boca del metro me costó horrores introducir el billete por la rendija. Me temblaban tanto las manos que apenas podía controlarlas.

Recibí varias llamadas aquella noche. Una no me la esperaba.

Lola decidió que no iba a quedarse con todas las cosas que opinaba sobre mi huida y en una perorata de veinte minutos me puso a caldo. Casi no me dejó ni hablar, pero tampoco es que yo tuviera mucho que decir al respecto. No tenía sentido salir corriendo despavorida por el simple hecho de que ella nombrara a mi ex. Un ex que, además, era algo así como su mejor amigo. Y no, no me parecía adulto.

Si Lola hubiera sabido cómo terminó la noche de su fiesta de cumpleaños y yo me hubiera esforzado por explicarle qué me había empujado a decidir que Bruno era la única opción viable, me habría entendido, aunque solo fuera en parte. Pero es que carecía de toda esa información y a mí no me apetecía en absoluto darla.

Así que... chitón. Me callé, agaché la cabeza y acepté la bronca como un niño que sabe que le han pillado con la mano dentro del tarro de las galletas.

Cuando nos despedimos y colgué el teléfono creí que habría solventado todas las crisis por el momento, pero es que no me esperaba la siguiente llamada.

—¿Sí? —contesté muy extrañada al recibir una llamada a aquellas horas.

—Espero no haberte despertado, pero tenemos que hablar. —La voz de Víctor, seria, serena y decidida, por poco me provocó una angina de pecho. Me llevé la mano hasta la frente y me senté delante de la ventana abierta—. No podemos permitir que lo de hoy se repita, Valeria, entre otras cosas, por Lola. Pero ella no es la única razón por la que deberíamos comportarnos como dos personas adultas y dejar a un lado esta historia.

—No —susurré.

Víctor parecía tener muy claro lo que debía decir porque no titubeaba, no dudaba. Todas las palabras salían de su boca con una contundencia sumamente educada. Como

quien resuelve un problema de trabajo que no quiere arrastrar por más tiempo.

—Las cosas fueron mal. Nos hemos equivocado muchas veces, pero no es justo para ninguno de los dos. Esta noche me has hecho sentir francamente mal.

—Yo... —balbuceé—. No tenía esa intención.

—Lo imagino. Pero los dos tomamos nuestras propias decisiones después de aquella noche, Valeria. Yo decidí sincerarme. Tú seguir con Bruno. No suframos más de la cuenta.

—Tienes razón. Al menos hasta cierto punto.

—Tengamos inteligencia emocional. Si cargamos toda la vida con las cosas malas que quedaron terminaremos por destrozarnos las que de verdad merecen la pena.

—Lo mejor sería tener una relación cordial —dije sin llegar a creérmelo.

—Que conste que entiendo que no te apetezca sentarte a cenar conmigo y con Lola, pero de ahí a que salgas huyendo hay un abismo.

—Pensé que era lo mejor, que vosotros teníais ganas de veros y que yo no pintaba nada.

Víctor suspiró y cuando lo hizo cerré los ojos. Sus labios de bizcocho vinieron a mi mente y lo imaginé en su casa, sentado en la cocina, con una mano sujetando el teléfono y la otra perdida en su espeso cabello negro. Nos mantuvimos en silencio.

—No volverá a suceder —le dije resuelta.

—A partir de hoy seremos dos personas con una relación cordial, ¿vale?

—Sí. Vale.

Volvimos a quedarnos en silencio. Sentí que me dolía algo muy por debajo de la piel. No era la primera vez que lo sentía. Me dejaba sin aire.

—No creas que no me duele —gimió con un hilo de voz—. No creas que se me olvidan todas las cosas que te dije

y que te he jurado. Yo sigo teniéndolo claro, Valeria, pero tú...

—Hagámoslo fácil, Víctor —contesté resuelta—. Dos personas con una relación cordial.

1

EL PRINCIPIO DEL FIN

Segunda semana de enero del año siguiente (unos seis meses después)

Entré en casa de Carmen y la encontré de pie junto a la puerta. Parecía un tráiler, la pobre. No es que estuviera gorda, es que estaba muy embarazada. Sonreí al verla y ella puso los ojos en blanco. Eso de ser futura mamá no le había mejorado el humor.

—¿Qué tal? —dije cerrando la puerta tras de mí.

—Mátame. ¿Responde esto a tu pregunta?

—Creo que sí.

—Mátame. Lo digo en serio. No sufras por Borja. Hasta él te lo agradecerá.

—No digas tonterías. A ver, siéntate. ¿Quieres algo de la cocina?

—Sí, el cuchillo jamonero para degollarme —contestó mientras se dejaba caer estrepitosamente en el sillón.

—Carmeeeeen —me quejé.

—Tráeme un vaso de agua, por favor. Y coge lo que quieras para ti. *Self service*. No sé ni lo que hay. Ni me interesa.

Llené dos vasos de agua y volví al salón, donde la encontré siguiéndome con la mirada.

—Tendrás que dejar de venir a verme. Estoy empezando a cogerte manía.

—¿Y eso? —Me reí.

—Siempre vienes tan mona, tan arregladita, tan... apolínea.

—¿Apolínea? Ay, Carmen, por Dios. —Me reí de nuevo—. Pero si estás monísima. Muy embarazada, es verdad, pero no se te ha hinchado la cara, ni apenas las piernas. Tienes una barriga que parece un remolque, pero es que llevas un bebé dentro.

—Cuanto más mona y adorablemente maternal me veis los demás, más gorda y amorfa me veo yo.

—Te queda poco. —Le toqué el vientre.

—Y tan poco... Salgo de cuentas mañana.

—Espero que no seas una excepción a esa norma de que las mamás primerizas se retrasan.

—¿Tú me quieres matar de un disgusto? —dijo al tiempo que cogía el vaso de agua.

—No, pero es que me voy a casa de Bruno hasta el miércoles y no quisiera perdérmelo, la verdad.

—Borja dice que nacerá el viernes que viene. Mi madre decía que hoy, pero creo que no.

—¿Y tú? ¿Has participado en la porra?

—No, solamente opino que si nace el viernes que viene, lo mato. Estoy harta. Quiero que salga ya. ¡Ya está bien, Gonzalo, sal ya y deja a mamá vivir en paz con su cuerpo! —le dijo a su tripa.

—¿Tú estás segura? —pregunté riéndome—. ¿Recuerdas por dónde salen los bebés?

—Por el mismo sitio por el que entran, si no me equivoco. —Sonrió.

Carmen se recostó, se tocó la barriga y, subiendo los pies a la mesa baja del salón, emitió un sentido suspiro. Pobre. Esperaba que la última semana como contenedor de vida se le hiciera corta.

Llegué a casa cuando ya era noche cerrada, a pesar de que mi reloj de muñeca apenas marcara las siete en punto. Hacía un frío de mil demonios y había empezado a chis-

pear; esperaba que no se pusiera a nevar, no porque no me pareciera pintoresco y todo eso, sino porque al día siguiente, a las seis y veinte de la mañana, tenía que coger un avión y no me apetecía tener que sufrir retrasos y los problemas varios que se acumulan en cualquier lugar del país cuando caen dos copos de nieve.

Encendí la cafetera, saqué la maleta del altillo y empecé a doblar la ropa que quería llevarme, incluido ese salto de cama tan absolutamente desvergonzado que Lola me había regalado por Navidad. Tenía unas ganas locas de enseñárselo a Bruno. Bueno, de enseñárselo y de que me lo quitase, porque entre unas cosas y otras llevábamos casi un mes sin vernos.

Y mientras yo pensaba en ello, o más bien fantaseaba, sonó el timbre de mi casa.

—¿Sí? —dije mientras me acercaba a la puerta.

—Val...

Me paré como un gato que ve cernirse sobre él un posible peligro.

—¿Val? —repitió la voz.

En dos grandes zancadas fui hacia allí y abrí; no había razón para esconderse ni para alargarlo. Yo sabía quién esperaba al otro lado de la puerta. Y así, de golpe, apareció Víctor, vestido con un traje oscuro precioso y un abrigo cruzado de paño gris. Tragué saliva y bajé la mirada hacia sus bonitos zapatos Oxford negros, evitando el verde intenso de sus ojos a través de unos mechones caídos de su pelo oscuro. Conozco a bien pocas mujeres que no caerían rendidas a sus pies al verlo con aquel aspecto. Era un dios. Me recompuse y sonreí por inercia, aunque no me hacía mucha gracia verlo allí. Pero Víctor siempre ha tenido ese poder: nos hace sonreír.

—Hola —dijo—. ¿Vengo en mal momento?

—No —contesté un poco alelada—. Pasa. Me pillas haciendo la maleta. ¿Te apetece un café?

—Sí, gracias.

—Con leche y dos de azúcar, ¿verdad?

—Verdad.

Me metí en la cocina maldiciéndome a mí misma por haber decidido que quedar con él en que seríamos «amigos» era más agradable y cordial que desaparecer del mapa. No quería poner a Lola en una situación violenta. Quería ser civilizada y adulta, sobre todo después de que Víctor tuviera que llamarme para evidenciar que había un problema. Tras hablar con él estuve pensando, esforzándome por entender que dar carpetazo a una relación no tiene por qué suponer que él pase a ser persona non grata.

Pretendíamos normalizar el asunto, pero creo que empezaba a desmadrarse; últimamente Víctor aparecía cada dos por tres allá donde Lola y yo hubiéramos quedado, como por casualidad. Para mí la frase «dos personas con una relación cordial» significa saludarse, darse dos besos, preguntarse qué tal y después decir adiós muy buenas sin tener que llamarse ni para quedar ni para gritar como posesos por una relación que es imposible retomar. La noche del cumpleaños de Lola había terminado de manera un poco conflictiva... Y yo prefería olvidar todo lo que pasó después de que Bruno se marchara al hotel.

En un principio ni siquiera me planteé que Víctor y yo fuéramos a vernos motu proprio, pero él se había tomado muy a pecho lo de «relación cordial». Aunque a mi entender, y a juzgar por el mensaje que había recibido días antes de la boda de Carmen, había algo en aquel planteamiento que fallaba: «Sé lo que dije. Sé que dije que era la última vez. Pero necesito verte. Necesito olerte. Necesito que vuelvas a mirarme como aquella noche. Vuelve, por favor. Vuelve porque ya no te echo de menos. Ahora, simplemente, te necesito».

No. No estaba claro. Y ahora, después de meses de ambigüedad, de vernos con pretextos absurdos y de tardes confusas y a veces hasta incómodas, allí lo tenía, en mi casa. Al menos en los cinco meses anteriores siempre nos ha-

bíamos visto en terreno neutral. Ni su casa ni la mía, y casi nunca porque quedáramos solos. Nada que nos recordara que hacía algo más de un año éramos pareja...Y compartíamos cama. Y vida. Y un proyecto.

Saqué una taza de café para él y otra para mí y las coloqué en la mesita del espacio que hacía las veces de salón; de reojo vi a Víctor coger de encima de la cama un ejemplar de mi segunda novela autobiográfica y sonreír melancólicamente.

—¿Lo leíste? —le pregunté.

—Claro. Estoy esperando el tercero —y al decirlo me lanzó una mirada muy elocuente.

Supongo que se preguntaba si nuestro pequeño secreto vería la luz al final de la siguiente novela o me limitaría a pasar por encima del catastrófico final del cumpleaños de Lola.

Yo contesté obviando su tono:

—Pronto entregaré la tercera parte a la editorial. Es posible que en mayo ya esté en la calle.

—¿No me preguntas qué me pareció este?

—No, quiero atajar posibles situaciones incómodas. — Sonreí.

—Pues quizá deberías evitar que viera tu lencería fina sobre la colcha.

Cogí el salto de cama que me había regalado Lola, un conjunto de encaje y un par de cosas más y lo metí todo hecho un gurrúño en la maleta, donde él no pudiera verlo.

—Cabrón con suerte —murmuró.

Nos miramos un momento. Yo estaba segura de lo que él acababa de decir, pero prefería hacerme la tonta, o la sorda, o las dos cosas a la vez, para no tener que ahondar mucho en eso. Bueno, ni mucho ni poco. Nada.

—Tu café. —Señalé la taza con la cabeza, esperando que se alejase de mi cama.

Él caminó elegantemente hasta la mesita y yo lo seguí.

—Y, bueno..., ¿a qué debo el placer?